

CUENTO

CIRCE

por Magaly Martínez Gamba.

“La belleza no es más que el
principio de lo terrible”.
Rainer María Rilke.

Desde el momento en que pisó el intrincado dibujo de la alfombra y miró los recios muebles de caoba, las vigas artesonadas del techo, se dio cuenta de que esa pieza había estado aguardándolo. Nada hacía esperar un cuarto semejante en una casa de huéspedes como aquella y aún sabiendo lo que iba a suceder, no se hubiera movido de esa habitación.

En la calle, el mar era una superficie de asfalto caliente, cruzada de postes que pasaban por él con una regularidad opresiva; sentía la congoja en algún lugar dentro del torso, quizás en el alma, esa entidad errante que a veces se le subía hasta obstruir la laringe, dejándole una impresión de hartura o de asfixia y que le deambulaba otras por el estómago, el pecho o partes más secretas del cuerpo, transmitiéndole aquella sensación de que algo iba a ocurrirle pronto.

Desde la puerta, la patrona se limpia exhaustiva las manos en el delantal, lo mira con sus ojos saltones y él la ve boquear como un pescado mientras habla, retorcer los dedos en la tela, tan distante de esta habitación en donde Circe...

a todas luces le urge dejarlo. Por fin se dirige a la puerta con las últimas recomendaciones: cena a las ocho en punto, desayuno de siete a nueve y comida a las dos, las sábanas se cambian todos los miércoles.

Una vez a solas inspecciona de nuevo el cuarto, se inclina sobre la alfombra, le roza el pelo suave y mullido con las yemas de los dedos; es persa, antigua, dice para sí mismo, y extrañado descubre en el diseño ciervos, leones y panteras, cuando el Corán se prohíbe dibujar la imagen de todo ser vivo y por lo general los turcos no usaban en sus tapetes más que flores y figuras geométricas. Permanece absorto acariciando las hebras y siente que el insólito dibujo convierte el cuarto en un ámbito clandestino. Ya de pie, pasa la mano por los muebles y se queda viendo el artesonado, desde donde lo miran cantidad de minúsculos animales tallados en la madera.

Recuerda el juego que solía compartir con su hijo y ensaya en voz alta una



cachirulo 75

serie de murmullos, rugidos y voces; lo evoca haciendo muecas, sonidos agudos, conmovedoras caras de monstruos. Se pregunta cómo se verá ahora, más grande; también la recuerda a ella siguiéndolo a todas partes con sus ojos de preocupación, el lecho conyugal semejante a un gran depósito cenagoso.

Cuando se cae en un pantano no hay que moverse, pero ella porfiaba en que se movieran en aquella maniobra repulsivamente rítmica y familiar, mientras él sacaba cuentas: seis años de cincuenta y dos semanas, trescientas veintidos semanas no se detenía el ritmo convulsivo de los cuerpos a un promedio de dos veces cada una, porque al principio lo hacían a diario, aunque en los últimos tiempos tuviera que empujarlo a ese espacio gelatinoso y espeso; seiscientos cuarenta y cuatro veces en la misma posición, porque era una buena muchacha, y él continuaba intentando complacerla con los restos de su mejor buena voluntad, pero la sangre se le dispersaba cuando pretendía fijar el número de alzamientos y embestidas, y ella se le aferraba al cuerpo sujetándose de sus hombros como un naufrago con esa maldita cara de desasosiego tan habitual ya, sin notar que no aguantaba lo regularizado, que lo exacto le caía encima como un péndulo constante e impío que se llevara cada vez un pedazo de sí mismo.

Lo que odia de la memoria es que resulta de suyo una fijación rígida e inmovible que repite gestos, palabras, sentimientos con una obstinación demasiado concreta y por eso le elude, aunque en ocasiones como ahora busque quitarsela de encima.

Para distraerse dirige sus pasos al armario y revive la percepción que lo afecta cuando abre el ropero de un hotel o de una casa de asistencia: piensa que los fantasmas de anteriores ocupantes se encuentran prestos a saltar, perduran los hálitos de las prendas que narran las intimidades de sus dueños. Pero de la cantidad de cosas que ha esperado hallar en los armarios ajenos, nunca ha sido satisfecho sino con bolsas viejas, horquillas o cuando mucho, acostumbrado, el vacío. Este mueble no le depara más que algunas pelusas que evadieron la concienzuda mirada de la patrona.



Parece mentira encontrar en casa de una mujer tan evidentemente escrupulosa y de severos labios delgados llenos de tensión, una pieza como ésta, que invita a tirarse en el lecho, a gozar de algo que se desconoce. Una emoción incitadora comienza a bajar desde su estómago y para reprimirla se asoma por el cubo que vertebra el centro interior del edificio, donde en el acto registra que casi todas las ventanas se encuentran tapiadas con tablones.

Todavía se pregunta el motivo de esta circunstancia cuando oye la voz. El timbre de contralto sube, crece, se levanta, llena la habitación, hace resonar los muros y la música invade, alerta sus células, cada una de ellas un pequeño ser vivo; suavemente lo separa en dos partes, la primera de la cintura para arriba que se pregunta y la otra obscura e incasta.

Sin moverse, observa cómo se abre una ventana del piso inferior, la única no tapiada con tablones a excepción de la suya, y el canto se hace todavía más nítido, toma un rostro, un cuerpo. Ella lo mira con insistencia mientras dolorosamente canta (lo siente en su tronco vulnerable), se peina los largos cabellos, encendida y elocuente diosa (percibe el calor en su carne inflamada) y nota como si sonara en el aire demasiado sutil para ser escuchada claramente por el oído humano, música de cornos, de chelos, de instrumentos que llegan hasta la médula. Materia y energía forman un cosmos, una isla entre las dos ventanas. El está allí, con ella; la substancia abrasadora pesa, ocupa lugar, puede ser vista, olida, palpada.

Escucha la voz de la patrona al otro lado de la puerta: la cena está servida, le dije que a las ocho; ella se retira de la ventana y él sigue a la dueña cuando se desliza al comedor donde lo esperan los otros huéspedes, una mujer y un hombre, viejos los dos, con un repetido aire de vencimiento que resulta aborrecible, infinidad de arrugas les dan un aspecto tan semejante, ambos pares de ojos intolerablemente nublados mirándolo con desconfianza.

Desea ansiosamente investigar la identidad de la mujer de la ventana, aunque no se decide a presentar el suceso en su verdadera magnitud, porque algo que despierta en él una satisfacción tan perfecta no puede ser verdad y soporta una larga plática mientras busca el modo de indagar por ella. Tiene que decirles alguna cosa, hallar un tema de conversación cercano, inmediato, y trata de pensar en una materia que los atraiga, pero ya ha recorrido con la vista casi todos los pequeños rombos que forman el encaje plástico del mantel sin que se le ocurra nada, cuando la patrona le pregunta con su expresión huidiza si la habitación es de su gusto.



Aliviado, se explaya en elogios a la alfombra tan poco común, habla del techo, de los muebles, y al mirar a los dos huéspedes se siente como alguien que estuviera caminando en un sendero resbaladizo, tal es la manera en que aquellos detestables ojos repiten su expresión atenta, absolutamente fijos e impenetrables, y él pierde seguridad, bracea en la conversación, baja la voz y cuando abandonado el tino pregunta por la mujer de la ventana, los dos agachan la vista y siguen comiendo. Aparta su silla con violencia, se levanta y regresa al cuarto a encontrarse con el insomnio de todas las noches para el que no sirven remedios; se acerca a la ventana que permanece tranquila, se tira en el lecho y sin saber cómo cae en el sueño.

El edificio es grande y lleno de recovecos, gris y muerto; transita por la escalera le produce frío, mucho más permanecer escondido esperándola. Cuando la ve salir duda que sea ella, no se le figura del todo conocida, tan irrespetuosamente real y ordinaria. La escalera se convierte entonces en una artimaña penal poblada de puertas y de ruidos, su mano derecha conteniendo el golpeteo del corazón, rebelde ante esta mujer poco peligrosa y cotidiana. Pero él la busca en el recuerdo y es la misma, con el cuerpo como un navío carnal que le avanza por dentro, oculto pero indócil; el mismo rostro divino y no por lo meramente hermoso tan ofensivamente innegable, sino por aquella cualidad omnisciente, ahora ensombrecida, por la cual la divinidad conoce todas las cosas, aún las más secretas.

Y si, el perro que va con la mujer lo descubre y se echa delante del escondite a mirarlo; esos ojos húmedos le producen un asco áspero que lo hace moverse, salir y chocar con ella que grita desvalida, inhabitada siempre por un hombre, tan odiosamente intacta cuando él todavía la lleva en la sangre en una evocación opuesta a la de este momento en que se extenua de tanto tirar la sogá que sujeta al animal, hasta que consigue levantarlo y ambos salen corriendo.

Unicamente en la habitación se recupera a sí mismo en toda su integridad, se siente completo, consumado; sólo en ese mundo que rompe con las reglas del juego de todos los días. Siempre lo supo, desde adolescente. Cuando caminaba por la calle una campana en el pecho le advertía: eres un predestinado, y por eso su corazón no descansaba nunca, por la urgencia de llegar a un puerto que no se conoce ni se sabe dónde está, y sobre lo angustiosamente iterativo de la búsqueda, la zozobra de pasar por ese punto y no reconocerlo, ignorar dónde habría que detenerse. Ahora se ríe de esos temores de novicio, porque la campana del corazón ha cesado en este recinto.



Ya no ha vuelto a sentarse a la mesa con los huéspedes; se encierra en el cuarto y permanece en la cama, la mirada fija en el artesonado para descubrir las imágenes talladas en él: roedores, iguanas, papiones, mandriles y otras bestias que lo miran con ojos desorbitados, mientras se enroscan, se retuercen y le muestran los colmillos. Es tal la profusión que él diría que se mueven, que en la habitación nada es completamente estático aunque lo parezca; hoy ha notado que uno de los ciervos de la alfombra, un macho de tórax poderoso, vientre recogido, miembros largos, finos y cabeza rematada por una corona de afiladas puntas, está más cerca de su cama. Se queda observándolo mucho tiempo, todo el día, a ver si percibe algún impulso, pero no, ante su vista no se desplaza, permanece en su sitio tan quieto como él mismo, ambos midiéndose con la mirada, hasta que oye la voz de nuevo.

Sólo un^o temor había albergado en ese paraíso y era no volver a escucharla, que ella fuera en realidad la chiquilla imperfecta de ojos aprensivos que encontró en la mañana, muy distinta de esta mujer tan verdadera desde el fondo del vientre hasta la conciencia: quimera, diosa, prostituta, criatura angelica, porque todas serían así por dentro de no haberles dado por sucumbir ante su aplastante piel de oveja, hasta que llegaron a creerse que ésa era su naturaleza indiscutible, apenas traicionada por ímpetus pronto sofocados con el andamiaje de obstáculos que habían fabricado para defenderse.

La voz es un instrumento que fractura, corta, modifica; él sabe que sus huesos, ligamentos, articulaciones ya no son los mismos; todo en su interior es una variación que no responde a sus impulsos cerebrales; el poder de ella lo quema, ansia perderse en el calor que emana, vencer el envaramiento que lo tiene allí, aborta ante esos ritos sensuales; pero un pensamiento lo detiene, aflora de repente en aquella multiplicidad dolorosa de pulsaciones que tan deleitosamente lo martirizan.

Ha descubierto que la habitación no es el puerto definitivo, sino una antecámara; sabe que lo que va a ocurrir tiene que ver con ella y se queda aún más paralizado ante la convicción de que esa pieza ha sido sólo un compás de espera para disponerlo a una voluntad que lo excede en designios; alcanza a dudar por un instante y preguntarse si no sería mejor seguir en esa condición fatal de búsqueda ciega que dejarse ir a su destino. Algo en su interior se lo confirma y en la revelación momentánea encuentra fuerzas para separarse de esa visión perfecta, bajar su maleta a la cama y sacar la ropa del armario en



un intento de sobrevivencia. A los pocos minutos queda todo apresuradamente acomodado, pero él sabe que ella está ahí, vuelve, guarda cada prenda con lentitud, las deja en su sitio y regresa a la ventana; todo está apagado, en silencio; se cubre el rostro y llorando se desliza hasta el suelo.

La mañana lo encuentra en esa posición y en cuanto abre los ojos no lo piensa, baja uno a uno los escalones, gozándose en ese movimiento repetido porque ahora anuncia ser postrero y cuando ella sale se le echa encima, la ve luchar debilmente mientras la empuja a la pared, jadear cuando le persigue el rostro con la boca dispuesta, exhalar un intento de grito que se le ahoga en el pecho, y después el llanto; por eso la suelta y la contempla irse entre sollozos.

Más tarde, a solas, el timbre de la puerta lo saca de su ensimismamiento; cuando abre, ella da un paso atrás con esa poquedad que él no encuentra ya tan insultante. Les traje este vinagre que yo misma preparé, tartamudea, y al entregarle la vasija lo roza con sus manos demasiado frías. Una vez que se ha marchado, prueba el vinagre ampliamente con el dedo, disfruta su sabor amargo sobre las papilas de la lengua, goza hasta el estómago aquella sensación ácida y cuando llega la patrona, le explica la procedencia del liquido agrio, la ve mover sus ojos abultados en aquel gesto evasivo tan suyo y dirigirse a la cocina donde sin variar la expresión lo derrama por el fregadero.

Esa noche, al empezar el rito, toma un camino opuesto a la ventana, atraviesa la sala, transpone la puerta y ya no le importa nada sino perderse en la singularidad de aquel ser, en ese cuerpo donde no se encuentra tregua, tan amorosamente fiel como para permanecer siempre mudable; desea entregarse ya, romperse, desbordarse. Qué real le parece, qué irrevocablemente certera su mirada maliciosa y perversa. Y él allí, ante el espejo doblándose y desdoblándose como si lo hicieran de nuevo, contemplando cómo se le transforman las extremidades, la manera en que se le alarga el rostro, la bella cornamenta que nace.

Magaly Martínez nació en la Habana, Cuba, en 1948. Es licenciada en periodismo y profesora de literatura contemporánea. Ha publicado en distintas revistas del país y ganó una mención en el premio Hispanoamericano de cuento en 1979. Es integrante del taller PUNTO DE PARTIDA DE LA UNAM.